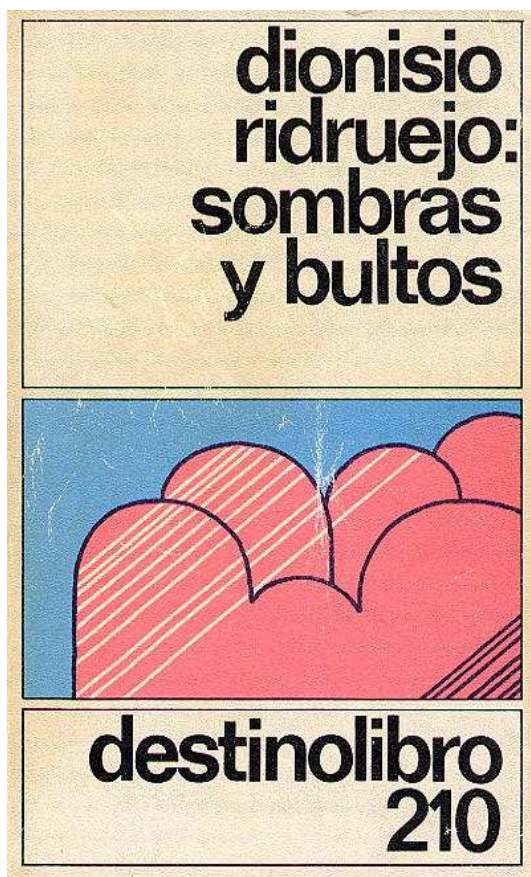


PEDRO LAÍN, VISTO POR DIONISIO RIDRUEJO

Ridruejo, Dionisio: *Sombras y bultos*, Barcelona, Destino, 1977.

I



Fueron grandes amigos, compañeros de ideología y generación. Hay un libro delicioso de Dionisio, donde el escritor (Burgo de Osma, 1912 - Madrid, 1975) pasa revista a su tiempo -que fue el de Laín-, a los autores y los libros que les influyeron, a sus ideales de juventud para una España mejor. Un libro, casi memorias, donde Ridruejo se muestra estilista fino, evocador de escritores tratados y leídos, supremo crítico de arte.

Estoy hablando, claro, de *Sombras y bultos*, un volumen compuesto por los artículos periodísticos que el soriano publicó en la barcelonesa revista *Destino*, promovida por el editor Josep Vergès, y en la que escribieron muchos de los de casa y también algunos de los de fuera -los exiliados-, entre ellos el aragonés Ramón J. Sender.

Ridruejo fue, igual que Laín, hombre de ideales puros, militante juvenil de ardores falangistas de los que luego se arrepintió, defraudado por la incuria del bando vencedor en la trágica contienda que fue nuestra guerra (in-)civil. Un *camisa vieja* que pudo medrar, pero que eligió la ruptura con un régimen que había traicionado sus expectativas regeneracionistas. Pagó con la cárcel y la postergación intelectual su postura crítica.

La biografía espiritual del autor de *Sombras y bultos*, con sus lecturas, preocupaciones y opiniones artísticas, es un retrato no solo individual, sino de época y generación. Sus coetáneos, y entre ellos el sabio de Urrea, compartieron con él actitudes vitales, impresiones literarias, influencias transculturales; todo un entorno sociocultural que nos permitirá conocer mejor cómo eran y sentían aquellos jóvenes de antaño que, impetuosos, luchadores, aferrados al mundo de la tradición, soñaban una España nueva, católica y conservadora.

Por las páginas de Ridruejo, lector perspicaz, erudito avisado y actual, prosista de cuño clásico capaz de rendirse ante el talento de sus compañeros de oficio, sin *envidietas* ni discriminaciones de edad, lengua o ideología, pasan nombres gloriosos.

Maestros como Unamuno, Maeztu, Baroja, *Azorín*, Juan Ramón, los Machado, Valle, Ortega, D'Ors. Los latinos: Neruda, Huidobro, Darío, Vallejo. La periferia: Plà, Riba, Basterra, Murlane Michelena, Porcel. Jóvenes narradores: Cela, Umbral, Ferlosio, Benet, Martín Gaité, Aldecoa. La poesía: Lorca, Guillén, Vivanco, Rosales, Gerardo Diego y Valverde. Los falangistas: Foxá, Torrente, Sánchez Mazas, Giménez Caballero. Los profesores: Caro Baroja, Mainer, Pérez Ferrero. Las vanguardias...

La España tolerante de Ridruejo y Laín no podía hacerse de exclusiones. Lejos de una patria de vencedores y vencidos, con índice de libros prohibidos, su mirar capaz de palinodias, dolido de pesares, asume el pasado. Renuentes al sectarismo, se rinden ante el genio allí donde se presenta, venga de donde venga. Se salvan por la inteligencia de las garras del dogma. La cultura los arranca del nido de la intransigencia. Por eso nunca encajaron. Había en ellos una imposibilidad de principio para lo cerril, que los tornaba sospechosos, incómodamente liberales.

Dionisio dedica varias páginas a hablarnos de *Escorial*, la revista fundada por él, Marichalar y Laín; uno de los pocos proyectos de apertura intelectual en los oscuros tiempos de posguerra. Habla también de los años de Pamplona, en torno al grupo *Jerarquía*, en el que estaba con Laín. Reparte elogios a los camaradas y enseña el talante que los movía; a él, a Tovar, a Torrente...

II

Al amigo aragonés le dedica dos artículos entrañables: “Pedro Laín, un español voluntario” y “Laín y su teoría de la amistad”, que analizaré más despaciosamente empezando por el último de los citados.

En el texto sobre la amistad, comenta Ridruejo dos libros lainianos: el ultimísimo entonces *Sobre la amistad* y el más antiguo y completo *Teoría y realidad del otro*. Laín, partiendo de Zubiri, entiende al ser como esencia abierta, radical apertura a la otredad. Afirma que es imposible para el hombre, menesteroso de proximidad, la soledad pura. Natural es la relación, la compañía, la cooperación, el afecto. Hay varios niveles en la correlación humana, desde la simple coexistencia hasta formas plenarias como el amor y la amistad. La interacción médico-enfermo, la camaradería, la simpatía, el enamoramiento y otras variantes, son lúcidamente analizados por don Pedro, quien establece una completa fenomenología del encuentro con el otro.

Sobre la amistad es un completo inventario de la interrelación: psicología de la amistad (*qué*), metafísica (*por qué*), sociología o casuística, ascética o praxis (*cómo*). Para Laín “la amistad es lo más necesario para la vida”, “el mundo en que habitamos se haya menesteroso de amistad”. Ella se expresa en forma de crédito: creemos en el amigo por sí mismo, no en lo que hace o dice, incluso a despecho de su comportamiento circunstancialmente contradictorio. La amistad, interpersonal, se prueba en la confianza o comunicación recíproca, que es su modo operativo: estamos seguros de

alguien que participa de nuestra intimidad y de cuya intimidad participamos. La amistad, frente al amor, no es excluyente; el amigo raramente lo es de uno solo. La amistad es más fácil entre iguales, no imposible entre distintos. Excluye, eso sí, el fanatismo que objetualiza al otro, percibido como obstáculo suprimible si enemigo, como camarada sacrificable por la causa común si correligionario. La amistad solo puede darse entre personas, condición que el fanatismo niega.

“Pedro Laín, un español voluntario” es homenaje a la persona, a su categoría intelectual y humana, a partir del comentario del libro *A qué llamamos España*. Obra de éxito, “con el título larvadamente interrogativo”, que plantea “cómo se puede ser español a un cierto nivel de conciencia racional y ética”. “Análisis lúcido y apretado de los datos físicos, psicológicos, sociológicos, culturales, amasados en la historia de esa realidad que llamamos España”. “Libro fuertemente subjetivo, confesional, autobiográfico”, “luminoso y persuasivo”, caracterizado “por la nitidez de la observación, la impregnación emocional y la hermosa justeza expresiva”, en el que, sin embargo, importa más “el hombre que trasparece en la obra que la obra misma”.

Laín se pregunta en qué consiste la “vividura” histórica de ser español y se fija en la castellanización y en un estilo de vivir que define como “integralismo de la persona” a través de las empresas colectivas del pueblo. Siente España como un problema que no acaba de resolverse, conflicto permanente con dinámicas de competencia y cooperación. Su propuesta es la sincera aceptación del otro por cuanto realmente es, no como nosotros quisiéramos que fuera. Y se muestra esperanzado con la imagen de “una España sincerada, abierta y deseable”.

Laín había reflexionado sobre la cuestión en una obra anterior, *España como problema*, en la que ya exponía sus inquietudes, en opinión de Ridruejo dando demasiada importancia en la vida española al factor espiritual, insistiendo en la Iglesia-creencia y obviando la actuación de la Iglesia-estamento. A pesar del reparo, cree que el planteamiento lainiano, “la aceptación por los españoles de su diversidad”, es correcto y necesario para que el país pueda funcionar como “con-junto”, “conflicto cooperativo” y sociedad democrática. Lo mejor del libro, dice, “es el desenlace prospectivo (...) a favor de una España sin máscaras, que reconozca y acepte su realidad para purgarla y convertirla en proyecto histórico dominado por la razón y la moralidad”.

Los comentarios son, en todo momento, agudos y comprensivos. El soriano capta la dimensión intelectual de don Pedro, su compromiso ético. La necesidad de pensar España viene del deseo de superar la guerra civil. Refundar de nuevo la convivencia. Laín es ciudadano que ejerce su condición, un patriota, un “español voluntario” de reciedumbre moral; comprensivo, equilibrado, imparcial y bueno. “El patriotismo de elección es, por necesidad, censorio y proyectivo. Y luego militante”, dice Ridruejo. Distinto del patriotismo pasivo o heredado; diferente de la patriotería complaciente que imponen los poderosos. Pedro Laín es español “por nacimiento, por formación y por decisión”. Español por compromiso y, por tanto, crítico, activo, perfectista.

Patriotismo doliente y solidario también el de Ridruejo, quien no puede esconder su queja contra Franco: “La España en que ayer creyó Pedro Laín (su formalización, quiero decir), resultó una decepción. ¿Será posible la realización de la que hoy espera?”. Y escéptico, citando a Calderón (*pues no se pierde / el hacer bien ni aún en sueños*) se aferra a la esperanza, para Laín más que virtud, pura necesidad de vida queriendo tener sentido.

...y III

Dionisio ha sabido captar en dos bellos artículos la preeminencia intelectual y personal de su querido amigo. Nos deja, además, la biografía espiritual de la generación suya y de don Pedro. Dice que la crítica cultural lainiana “es amistosa porque es convivida”. Laín buscó una forma incómoda de patriotismo que, además de colocarlo en la picota, no siempre ha sido bien entendido. Incluso hoy, algunos le ponen reparos. Por ejemplo, el psiquiatra Castilla del Pino, que en su autobiografía última lo acusa injustamente.

Pedro Laín fue coherente en su vida y en su obra. Buscó una manera de reconciliar a dos Españas separadas por el trauma de una guerra fratricida. Proyectó en sus libros su mirada amistosa, su lucidez de hombre sereno y conciliador. Si hubiera habido más Láines entre los vencedores, la posguerra española habría sido sin duda menos trágica. Y a quienes olviden esto o no quieran entenderlo quizás les conviniera releer las magníficas páginas de Ridruejo que acabo de comentar.

Antonio VILLANUEVA